

EMPRENDEDORES, REPÚBLICA Y DEMOCRACIA

Alejandro Gomez¹

Una visión alberiana del tema

Abstract

En el presente artículo se analiza la correlación que hay entre el desarrollo de la actividad emprendedora y el avance de las instituciones. Por lo general, el orden en el que se presentaría el título de este trabajo sería el inverso: *democracia, república y emprendedores*; ya que se considera que primero debe existir la democracia, luego la república y finalmente el desarrollo económico. Para los que piensan de este modo, lo más importante es una participación masiva en los actos eleccionarios como condición determinante para conseguir el desarrollo económico, subordinando a éste a la voluntad política. Lo que nos planteamos mostrar en estas páginas, es que la correlación es exactamente inversa, primero viene la libertad económica, asociada íntimamente a la libertad civil, y por último, la participación democrática. Para ello, tomaremos el caso de la Argentina, basada en el ideario *alberdiano* de libertad individual y la preeminencia de los emprendedores, que nos permitió pasar de ser un país atrasado a uno de los más prósperos a comienzos del siglo XX.

El marco teórico

Por lo general, se suele sostener, que primero debe haber instituciones y luego, una vez que éstas, están establecidas, surgen los emprendedores que generan nuevas oportunidades de negocios. Sin embargo, hemos visto a lo largo de la historia, que los países con fuerte presencia de emprendedores son los que suelen consolidar sus instituciones y libertades individuales a través de un proceso de orden espontáneo. Precisamente, son los emprendedores quienes promueven el avance económico y social de las naciones, las cuales

¹ Alejandro Gómez es Profesor de Historia Económica de la Universidad del CEMA, Argentina, ag@cema.edu.ar

una vez entradas en el camino de progreso, comienzan a darse un marco institucional, en cual los derechos, previamente adquiridos, puedan ser resguardados del abuso de terceros, especialmente de los gobernantes de turno. Este enfoque, supone una visión diferente a la que sostienen la mayoría de los autores que se refieren a este tema, los cuales ponen como condición indispensable el establecimiento de un sistema democrático, en el que se respeten los derechos de las mayorías, para luego pasar a considerar el tema del desarrollo económico. De este modo, el crecimiento económico estaría supeditado a las decisiones políticas. Por el contrario, en este trabajo consideramos que primero, se debe dejar actuar a los individuos para que en la búsqueda de su propia felicidad puedan acceder a los bienes y servicios que logren generar con su esfuerzo y su ingenio; y una vez que este mecanismo generador de riqueza se haya puesto en marcha, y a medida que la sociedad va progresando, entonces sí se puede comenzar a especular con sistemas electorales para la designación de las autoridades.

El fundamento de esta línea de argumentación, es que la posibilidad de generación riqueza no depende del voluntarismo del gobierno de turno, ni que la calidad de vida de las personas está asociada a la existencia de un gobierno que actúe como agente redistribuidor de riqueza, sino que el proceso es exactamente al revés. En este sentido, tanto la teoría política como la económica han obviado por muchos años, el rol fundamental del emprendedor en la creación de riqueza y nuevas oportunidades para el desarrollo de las personas. Son éstas, las que actuando por su propia cuenta, las que buscan los medios más eficientes para satisfacer las demandas del mercado, del que esperan obtener una ganancia, que por lo general suele ser incierta y provisoria, ya que una vez que se detecta una oportunidad de generar beneficios extraordinarios, se está llamando la atención del resto de los productores que van a entrar a ese mercado, disipando las ganancias existentes en ese primer momento.

Este tipo de comportamiento, se ha visto en aquellos países en los que los individuos dispuestos a emprender, han gozado de mayor libertad individual. Si bien es cierto, que uno siempre puede aspirar a una libertad más amplia, no es menos cierto que cuando se analizan los países que más han progresado en los últimos doscientos cincuenta años, se observa que éstos son los que han ofrecido mayores grados de libertad individual. Un ejemplo de ello, se aprecia al ver dónde tuvo lugar la *revolución industrial* a mediados del siglo XVIII. Por lo

general, no estamos hablando de países donde existía un sistema de sufragio universal, ni donde todos, al menos en el inicio, accedían a los mismos bienes, aunque sí contaban con un alto grado de libertad individual en el ámbito de la economía y la difusión de ideas. Fue la acción de la *mano invisible* y el orden social abierto, el que dio lugar al desarrollo del sistema capitalista, el cual no fue pergeñado por un grupo de filósofos o políticos, sino que surgió de manera espontánea. Lo que se observa en estos países, es que a medida que transcurrían los años, la calidad de vida de las personas mejoraba como producto de la existencia de más bienes y servicios, especialmente para las clases más pobres. Precisamente, un fenómeno central de la *revolución industrial*, fue que su producción masiva estaba destinada a la mayoría de la población, que hasta ese momento vivía en condiciones paupérrimas. De hecho, no hubiera tenido sentido producir bienes a gran escala y a precios bajos, para venderlos a las minorías aristocráticas, que ya consumían esos bienes, gracias a su posición privilegiada y su capacidad económica para demandarlos a un precio mucho mayor. (McCloskey, 2010: 1-9)

Este cambio en el sistema productivo, fue el que posibilitó mejorar la calidad de vida de la mayoría de las personas, empezando por un hecho que muchos dan por descontado, pero que durante casi toda la historia de la humanidad fue algo que no estaba asegurado, como ser la capacidad de generar alimentos abundantes para todos los habitantes, y disponer de reservas para cuando llegaran las épocas de malas cosechas. Juntamente con esto, se empezó a ver una mejora sustancial en las viviendas y en las vestimentas, siempre refiriéndonos a las clases más bajas. Así, desde 1800 se observa un crecimiento y mejora constante en las condiciones de vida de los más pobres. Si una analiza los bienes disponibles antes de esa fecha y la evolución que han tenido los mismos hasta el presente podrá tener una verdadera dimensión de la gran contribución que ha hecho el denostado sistema capitalista a la mejora de la vida de las personas. (Cox&Alm, 1999)

El motor de todo este crecimiento ha sido el emprendedor, que por lo general, como señala Israel Kirzner en *Competition and Entrepreneurship*, ha sido ignorado en la literatura que explica los fenómenos del crecimiento económico. (Kirzner, 1973) Este autor destaca, que el emprendedor, es la verdadera fuerza que impulsa al mercado a avanzar y ofrecer nuevas combinaciones de bienes y servicios, siempre asumiendo el riesgo en cada una de sus *aventuras*. Recién en los últimos años, ha habido un desarrollo de trabajos destinados a ana-

lizar la figurar del emprendedor (Baumol, 1990; Alvarez y Barney, 2007; Klein, 2010; Foss y Klein, 2012), para ver cómo su accionar afecta a la economía y ofrece mejoras a las condiciones de vida de las personas. En este trabajo, nos vamos a concentrar en la propuesta que realizó Juan Bautista Alberdi a mediados del siglo XIX, quien fue un pionero en el estudio de los emprendedores, y analizaremos el rol que les atribuyó este autor, en el proceso de generación de riqueza.

El contexto en el que escribe Alberdi

Juan Bautista Alberdi, nacido en 1810 en la Provincia de Tucumán, se destacó por ser uno de los pensadores más influyentes en la segunda mitad del siglo XIX. Sus incontables trabajos, casi siempre giraron en torno a cuál debía ser el tipo de organización política y económica que permitiera el progreso de Argentina. Paradójicamente, si bien su obra tuvo un gran predicamento por aquellos años, su figura estuvo ausente del territorio nacional durante la mayor parte de su vida adulta. Emigrado en 1838 durante el segundo gobierno de Rosas, solo retornaría al país durante un par de años, a finales de la década de 1870, para luego regresar a Francia hasta su muerte en 1884. Cuando comenzó a escribir sobre estos temas a finales de la década de 1830, el país, aunque llevaba casi treinta años de estar independiente, no lograba organizarse políticamente bajo un sistema institucional que lo unificara. Lo que él observó, es que faltaba mucho camino por recorrer, ya que décadas de gobiernos inestables y guerras civiles, habían provocado un estado de atraso y pobreza, del cual parecía imposible salir. Así las cosas, se propuso brindar una alternativa al caos, y para ello analizó cómo habían hecho otros países que sí pudieron avanzar; especialmente los casos de Inglaterra y Estados Unidos. Para ello, sugirió la creación de un marco institucional que propiciara las condiciones para que la Argentina, que no contaba con infraestructura, población, ferrocarriles, ni inversiones, pudiera abandonar el atraso en el que se encontraba.

Las dos obras, que más influyeron en aquel momento, fueron *Bases y Puntos de Partida para la organización de la Confederación Nacional* de 1852 y *Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, publicada en 1854. El primer libro, fue escrito para que lo tuvieran presente los diputados que terminarían sancionando la Constitución Nacional de 1853. Su influencia se aprecia en casi todo el texto constitucional, que sigue al pie de la letra

todas las recomendaciones que hizo Alberdi en su trabajo, en el cual se destaca la importancia de un sistema republicano, que establece claramente los límites a los tres poderes del estado. El Segundo libro, fue un complemento del primero, y en él, Alberdi, escribió un verdadero manual de economía liberal, explicando en detalle el proceso de mercado y la nociva intervención de los gobiernos en la economía; los cuales al querer reglamentar el mercado, solo conseguían distorsionarlo, desalentando la actividad privada. Por ello, el texto abogaba por un gobierno mínimo, que dejara actuar libremente a los individuos en todos los ámbitos de la economía, como ser: comercio, moneda, industria y producción agropecuaria.

República y democracia

Uno de los temas centrales en su obra es la diferencia entre la libertad civil y la libertad política, algo que en la actualidad, es casi imposible separar, ya que se confunde sufragio universal (i.e. democracia) con libertad, la cual se entiende en sentido colectivo y no individual, tal como la veía Alberdi, quien pensaba que si se abría el juego político en forma indiscriminada, se corría el peligro de que el voto de las mayorías, no acostumbradas ni preparadas, terminara en excesos como los que se daban en la Europa a mediados del siglo XIX. En las *Bases*, analizó la posibilidad de una construcción de ciudadanía gradualista, por medio de mecanismos de votación indirecta a través del Colegio Electoral o de las Legislaturas provinciales. Por eso, habló de una “república posible” que con el paso del tiempo se convertiría en una “república verdadera”. Alberdi, señala que primero hay que desarrollar el mercado, que es el lugar donde los ciudadanos pueden desenvolver sus prácticas económicas, productivas y de intercambio, para satisfacer sus necesidades, y luego desarrollar el espacio de participación política.

La propuesta *alberdiana*, es clave para comprender cómo funciona la economía de mercado y la preminencia que ésta tiene por sobre la cuestión política. Pero, lo que se ha hecho en nuestros países, por lo general, es darle mayor importancia al proceso político que al proceso económico, con lo cual, lo que se consiguió fue una mayor preponderancia de nuestros gobernantes por sobre los intereses de los individuos; lo que dicho de otro modo, sería: se puso a la política por sobre la economía. Estratégicamente, nos han hecho creer, que es más importante votar cada cuatro años que tener libertad individual para

disponer de nuestro esfuerzo y el producto de nuestro trabajo cada día de nuestra vida. Alberdi, nos llama la atención sobre el peligro que tal confusión acarrea, ya que al poner por delante a la política, el país queda condenado al estancamiento, ya que el gobierno que interviene en la economía, no solo no ayuda a su desarrollo sino que lo obstaculiza. (Terán, 2008: 98-103) Todo esto no implica que Alberdi tuviera preferencia por un sistema monárquico o aristocrático. Él se inclina por la opción democrática, pero con un sistema de votación indirecta, porque consideraba que la gente todavía no estaba preparada para votar de manera directa, aunque sí sostenía que el pueblo conservaba la fuente de legitimidad del gobierno. Como sostiene Botana, en el sistema *alberdiano* existen dos repúblicas, la restrictiva y la abierta. En la primera, el derecho a votar y a gobernar estará acotado a los aptos para ejercer dicha función; en la segunda, están incluidos todos los demás habitantes nacionales y extranjeros, que gozarán de todas las libertades y derechos civiles. (Botana, 1977: 50-54)

Esta distinción entre habitante y ciudadano, es algo que estaba presente en la mayoría de los pensadores liberales de finales del siglo XVIII y del XIX. Uno de los que más reflexionó sobre el tema, y que sin duda tuvo una fuerte influencia en Alberdi, fue Alexis de Tocqueville con su obra *La Democracia en América*. Para el autor francés, el voto indirecto es el mediador en una etapa de avance de las igualdades políticas que, a su entender, era irreversible. Así las cosas, Alberdi atribuye a los notables y las leyes que estos promulgan, el poder de transformar una sociedad atrasada por medio de la difusión de las ciencias, las artes y la educación, permitiendo por estos medios, elevar a los habitantes para que estén en condiciones de poder sufragar. (Botana, 1977: 56-60) De este modo, para Alberdi, las libertades civiles son el fin superior y las libertades políticas (el sufragio) solo son un medio. Esta es la base de la su propuesta liberal *alberdiana*, son las libertades individuales las que preceden al gobierno y éste solo tiene legitimidad, en tanto es capaz de protegerlas.

Al poner la libertad de las personas por encima del sufragio, Alberdi nos está señalando que la democracia no es la fuerza legitimadora del gobierno, sino que este sistema solo tiene legitimidad en la medida en que respete los derechos individuales. De este modo, lo que da sentido al gobierno no es la cantidad de gente que lo elige, sino si éste está capacitado para garantizar la libertad individual sin interferir en el accionar cotidiano de las personas. Siguiendo esta lí-

nea argumental, un país solo estaría en condiciones de acceder a un sistema de sufragio universal, cuando sus habitantes tengan los conocimientos y el nivel de vida adecuado para comprender cabalmente cuáles son sus responsabilidades y cuáles son los límites y obligaciones del gobierno. La pregunta aquí, es cómo se logra que la población llegue a tener ese nivel de conocimientos. La respuesta *alberdiana* es que para ello lo fundamental es que la población pueda desarrollar todo su potencial creador y productivo. Cuando la gente tiene oportunidad de perseguir su felicidad y alcanzarla por medio de su trabajo, entonces mejorará su nivel de vida, y además, prestará más atención a quiénes están administrando el país y qué le exigen del producto de su trabajo (i.e impuestos) para llevar adelante la función de gobierno. Alberdi, veía, tomando como referencia el caso británico y norteamericano, que los habitantes de esos países tenían un conocimiento mayor de cuáles eran las funciones del gobierno y cuáles eran los derechos de sus habitantes, y por ello impulsaba la inmigración de los países anglosajones. Lo importante, en su esquema, no es quién o quiénes eligen al gobierno, sino cuán limitado sea su poder, ya que no es el gobierno el que debe proveernos de bienes y servicios, sino que son los individuos los que deben proveérselos por sí mismos. En una sociedad donde los habitantes tienen una mejor calidad de vida, producto de su trabajo y esfuerzo, hay menor dependencia del estado, y cualquier intento de éste, por querer controlar la vida de las personas, es visto como un avance sobre su propiedad privada, o que es lo mismo, sobre el producto de su trabajo. Por este motivo, los ciudadanos tendrán un incentivo mayor para conocer quiénes detentan el poder y cuáles son sus límites.

El progreso económico y el emprendedor

Hasta aquí, hemos señalado que en Alberdi existe una preeminencia de la sociedad civil por sobre la política, lo cual se podría presentar en términos de primero está el *estado de derecho* (la república) y luego viene la democracia. De acuerdo a su pensamiento, primero debemos lograr el progreso económico y después concentrarnos en la ampliación de la participación política. Aquí, es donde Alberdi introduce la figura del emprendedor como agente fundamental del progreso y la civilización. El autor, presentó su propuesta en diversos escritos, como ser: el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837), donde aborda el tema del progreso asociado a una serie de pasos que debe dar la sociedad, en una transición desde un estadio menos desarolla-

do hacia uno superador. Ello sería consecuencia de lograr una verdadera emancipación, no sólo de gobiernos foráneos, sino respecto de la opresión de los gobiernos locales. Cuando los habitantes de la nación pudieran desarrollar todas sus capacidades en libertad, entonces llegaría el progreso. Quince años más tarde, en las *Bases*, vuelve sobre el mismo tema, e identifica como enemigo del progreso al “desierto” y al atraso material, a los que se debería combatir por medio del desarrollo de la industria, y la educación práctica. (Alberdi, 1852: 418-19) En este sentido, la figura del empresario es fundamental, ya que éste era el principal impulsor del cambio, dado que era quien poseía los conocimientos requeridos y también aportaban el capital para los emprendimientos. Por este motivo, promovía el impulso de todo tipo de empresas, sin distinción de origen, ya fueran locales o foráneas. Alberdi propone especialmente que se fomente la creación de compañías de transporte y comunicación, que serían el medio idóneo para acortar las distancias en tiempo y espacio, a los que definía como los tiranos naturales a los que se enfrentaba el hombre. (Alberdi, 1876: 11) En su análisis, no bastaba con el capital, sino que además hacía falta atraer a los inmigrantes que vendrían a aportar sus conocimientos y su trabajo. Los países que se habían desarrollado, como Estados Unidos y Holanda habían impulsado y protegido la inmigración para dar envión a sus economías. (Alberdi, 1852: 434)

Curiosamente, la obra que Alberdi dedica analizar exclusivamente el rol de los emprendedores, es una de las menos conocidas de su autoría. El trabajo, publicado en 1876, estuvo dedicado a la figura de William Wheelwright. El mismo, que es un panegírico del empresario norteamericano, no deja de adelantar algunos conceptos que luego serían desarrollados por autores de la trascendencia de Joseph Schumpeter e Israel Kirzner, en sus enfoques sobre los emprendedores. Alberdi señala que las nuevas repúblicas americanas tenían algunos impedimentos para su desarrollo, entre los que se destacaban su herencia colonial tanto en lo cultural como en lo legal, así como también las disputas internas que se habían producido durante las décadas posteriores a la independencia. En este contexto, el autor se pregunta quiénes son los héroes propuestos para las nuevas naciones hispanoamericanas, que comenzaban a inmortalizarse en los monumentos públicos y en los primeros libros de historia; y encuentra como respuesta, que éstos solían ser los militares y los políticos; a quienes él consideraba como “héroes de destrucción”, ya que, por lo general, eran los que ocasionaban violencia y empobrecimiento. (Alberdi, 1876: 7)

En este sentido, su pensamiento se alinea con el de los padres fundadores de Estados Unidos, que presentaban a la guerra como la causa de la mayoría de las calamidades de las naciones. Para éstos, la guerra era sinónimo destrucción y pérdida de libertades individuales. De hecho, entendían que a lo largo de la historia, ésta sólo había producido un incremento de los impuestos y una concentración del poder en manos del gobierno. (Denson, 2001: 4) Del mismo modo, se pronunciaba James Madison al decir que “la guerra es pariente de los ejércitos, de ahí provienen las deudas y los impuestos; y los ejércitos, y las deudas, y los impuestos son instrumentos conocidos para someter a los muchos bajo la dominación de unos pocos.” (Denson, 2001: 7). Unos años antes de escribir la biografía de Wheelwright, Alberdi ya había presentado su visión crítica sobre el impacto negativo de los conflictos bélicos, en su trabajo: *El Crimen de la Guerra* (1870). Allí denostaba a militares y a los empresarios proveedores de armas y equipamientos militares. Los propulsores del pacifismo, afectaban sus intereses económicos, ya que de lograrse la paz, terminarían con la demanda de su producción: “Abolir la guerra, es tocar al pan de todo ese mundo.” (Alberdi, 1895, II: 85) Y se pregunta: “¿No es ya tiempo de que la historia de Sud América deje de ser la historia de sus guerras y de sus guerreros, como ha sucedido hasta aquí?” (Alberdi, 1876: 4). En este sentido sugería que “una historia de la revolución [industrial] no podría prescindir de reconocer y consignar que el desarrollo del vapor, aplicado a la locomoción terrestre y marítima, ha sido el más poderoso agente revolucionario de este siglo en Sud América, como en todas partes.” (Alberdi, 1876: 9)

Así las cosas, según Alberdi, mientras las nuevas naciones les dedicaban homenajes, poesías y monumentos a los militares, le negaban el reconocimiento a los verdaderos motores del crecimiento que eran los hombres de empresa, los responsables de impulsar la producción y generar el bienestar de las personas. De alguna manera, los historiadores también eran causantes de esta situación, ya que en sus trabajos dejaban de lado la verdadera historia del progreso, lograda a través del comercio y la industria. En sus textos, por lo general no se analizaba el proceso económico por el cual se estaba superando la situación general de pobreza a partir de la Revolución Industrial. Por esta razón, Alberdi considera que era imprescindible, que haya un cambio de actitud hacia el rol del empresario, quien debía ser visto como un héroe promotor del progreso. Según él, el nuevo paradigma debía ser el emprendedor que desarrolla industrias, abre nuevos

mercados y comunica regiones que, hasta ese momento, permanecían improductivas con todo su potencial desaprovechado. Esto era lo que había hecho Wheelwright con cada uno de sus emprendimientos.

En la biografía de Wheelwright, Alberdi no sólo relata su vida y las vicisitudes por las que atravesaron sus diferentes empresas, sino que también presenta un análisis conceptual de la función del empresario en la sociedad. En su análisis, se aprecia la influencia de las ideas Jean-Baptiste Say, el autor clásico que mejor analizó al hombre de negocios, al que describe como un agente de múltiples capacidades, quien cuenta con habilidades de gestión, liderazgo, visión, perseverancia, juicio y experiencia, todo lo cual le permitía generar valor. (Van Praag, 1999: 314-316) En línea con el pensamiento de Say, Alberdi destaca, entre las características fundamentales que deben poseer los hombres de negocios, la visión estratégica y la capacidad de generar nuevos proyectos. También, cuando menciona la construcción de la línea de vapores en el Pacífico, hace referencia a la distinción entre empresario y financista, al decir que: "no bastaba concebir la idea. Era necesario buscarle acogida en el público, es decir, en los gobiernos y los capitalistas." (Alberdi, 1876: 69)

Al separar la figura del emprendedor del capitalista, el empresario debe lograr convencer a los inversores para que financien sus proyectos. Esto es así, porque una característica distintiva del emprendedor, es la de tener una visión anticipatoria con respecto a qué proyectos son necesarios. Aquí se aprecia una similitud con el concepto desarrollado por Kirzner, quien denominó a esta actitud del emprendedor como: "estado de alerta" o *alertness*. (Kirzner, 1973: 85-86) El emprendedor es el que ve lo que otros no ven en su momento. Así lo consigna Alberdi en dos pasajes de su trabajo, al decir que: "[l]a verdadera originalidad de Wheelwright consistía en ser el primero que vio la posibilidad de esa obra..." (Alberdi, 1876: 69) Y luego agrega, que: "... toda empresa, que antes de ser un hecho, ha pasado por utopía. Los grandes hombres no son sino locos de la vísperra. Todas las empresas de Wheelwright en Sud América se distinguen en una cosa: todas han sido tenidas como paradojas irrealizables antes de ser convertidas en hechos." (Alberdi, 1876: 51-52)

En el texto de Alberdi, también se puede encontrar un antecedente de la distinción que décadas después haría Schumpeter entre el *emprendedor creativo* y el *emprendedor adaptativo* (Schumpeter, 1947: 222). Al referirse a las propuestas de Wheelwright, dice: "En todas

ha tenido por principal adversario, la incredulidad. No porque sus concepciones no fuesen ya hechos practicados en otras partes sino porque no lo eran en los países de Sud América en que la idea de introducirlas y aplicarlas, le pertenecían a él primero que a nadie. Si el mérito de esta importación, en circunstancias dadas, no igualase al de la invención misma, no sería digno del privilegio con que lo premia la legislación de todo país civilizado." (Alberdi, 1876: 52) Alberdi es consciente de la diferencia que existe entre un empresario que realiza una innovación hasta ese momento inexistente, y aquel que introduce una innovación, que ya existía en otros mercados. Sabe, que lo que proponía Wheelwright, no era una innovación tecnológica, ya que existía en otras latitudes, pero sí era transformador para Sud América, y por este motivo merecedor de reconocimiento.

Wheelwright debió ocupar gran parte de su tiempo publicitando y tratando de lograr apoyo para sus empresas (Alberdi, 1876: 110). En este sentido, se aprecia un aspecto que identifica al emprendedor con el promotor de la nueva oportunidad descubierta, aunque al no ser el dueño de los activos, debe convencer al inversionista que aporta capital y activos. (Kirzner, 1973; Schumpeter, 1951) Para ello, además de idear y proyectar nuevas organizaciones, obtener los fondos requeridos, había que poseer una gran dosis de paciencia y perseverancia, ya que debía soportar las críticas de los incrédulos. (Alberdi, 1876: 52). En este punto, es interesante apreciar otra de las características que señala Schumpeter y que Alberdi identifica particularmente para el caso de Wheelwright. El autor austriaco, señala tres aspectos de la función del emprendedor: primero, debe estar dispuesto a asumir los costos de cometer más errores y de mayor magnitud que los riesgos que asumirían si continuaran haciendo las cosas de la manera habitual; el segundo aspecto, se relaciona con la peculiar psíquis del hombre de negocios, dispuesta desde el momento que opta por hacer las cosas de una forma diferente, al enfrentar las dificultades que tal decisión traen aparejadas en las primeras etapas de su emprendimiento; y el tercer punto, se asocia con la rechazo social que se manifiesta en contra de aquellos que vienen a impulsar nuevas formas de hacer las cosas. (Schumpeter, 1951: 85-87) Relacionado con esto último, Alberdi sostenía que, "no hay obstáculo material que no tenga por aliado a un hombre atrasado." (Alberdi, 1876:50-51) Esto se hacía más evidente en la vida empresarial de Wheelwright, dado que los proyectos que impulsó implicaban grandes inversiones que debían ser aplicadas a lo largo de cientos de kilómetros en dis-

tintos países (compañías de barcos a vapor y ferrocarriles). Estos emprendimientos sólo podían tener éxito a largo plazo, y el empresario debía estar preparado para soportar con templanza años de pérdidas antes recibir los beneficios esperados. (Alberdi, 1876: 171)

En el caso de la creación de “Pacific Steam Navigation Company”, Wheelwright tuvo que enfrentar la inestabilidad política de la región, que dificultaba la obtención de interlocutores políticos que le garantizaran seguridad para operar en los diversos puertos. Establecer esta línea, le tomó siete años, desde 1833 hasta 1840, para el tramo de Valparaíso a Callao, y otros cinco para extenderla hasta Panamá. Durante los primeros diez años de vida la línea fue deficitaria, sólo aportando beneficios después de haber completado las rutas diseñadas originalmente. Como señala Alberdi, Wheelwright se comprometió con todo el proceso de programación, construcción y desarrollo de la empresa:

“Persistió no por cálculo de ganancia, sino por honor y buena fe de empresario superior... Él tenía el temperamento que la moral de la industria requiere en el grande empresario. Solo la moral sabe ser paciente en la adquisición de la fortuna por las obras de la industria...” (Alberdi, 1876: 171-172)

Esta actitud de paciencia y perseverancia que es distintiva del emprendedor, quedó claramente expuesta cuando dice:

“... la empresa no hizo sino pérdidas durante los primeros diez años de su establecimiento, y hace extremo honor a sus fundadores la fe inteligente con que arrostraron la natural adversidad de toda empresa naciente, contando con los beneficios que el tráfico futuro les traería inevitablemente.” (Alberdi, 1876: 171)

Entre las dificultades que tuvo que superar para llevar adelante su compañía de vapores, se encontró la necesidad de desarrollar minas locales de carbón, así como promover la modernización de diversos puertos, mediante la instalación de faros y balizas, la construcción de muelles y la preparación de nuevas cartas de navegación. Por su parte, el emprendimiento del Ferrocarril Central Argentino no estuvo exento de inconvenientes, no sólo por los problemas financieros de su socio inicial, sino por la guerra civil, y luego, la de la Triple Alianza. Ello implicó que la línea, iniciada en 1854, sólo pudiera comenzar a correr entre Rosario y Córdoba en 1870. Asimismo tuvo que ser pa-

ciente en su último emprendimiento, el ferrocarril entre Buenos Aires y Ensenada, fundado en 1863 pero sólo completado un año antes de su muerte, en 1872. El puerto de esa localidad, por su parte, no llegaría a desarrollarse por falta de interés de las autoridades nacionales argentinas, las cuales privilegiaron el desarrollo del puerto fluvial de la ciudad de Buenos Aires.

El empresario y la sociedad

¿Cuáles eran, para Alberdi, las características de un buen empresario desde el punto de vista social? En primer lugar destacaba que debían actuar con independencia de injerencias políticas y burocráticas, y por sobre todo, no participar en entramados corruptos. Alberdi destaca la cuestión de las concesiones o permisos legales para poder realizar obras privadas de infraestructura, como ferrocarriles y puertos. En este tema y facilitado su accionar por redes políticas, aparecían siempre buscadores de renta, como funcionarios, que se hacían otorgar los permisos para luego proceder venderlos, ya que no contaban con capacidad patrimonial para concretar las obras. Para Alberdi, “el tráfico o comercio de concesiones ha venido a ser un escollo para los empresarios de capacidad y buena fe, y una vergüenza para las Administraciones de América”. (Alberdi, 1876: 303) En esta apreciación, podemos ver un antecedente del concepto de emprendedor destructivo que desarrolló William Baumol. (Baumol, 1990: 894) Este autor, identifica la existencia de emprendedores improductivos que sólo ven la posibilidad de obtener una ganancia económica aprovechando oportunidades o leyes que los beneficien. Alberdi, detecta este comportamiento por parte de muchos empresarios oportunistas que se aprovechan de un sistema corrupto e ineficiente que les permitía hacerse de grandes fortunas, no por encarar proyectos económicamente productivos, sino por obtener privilegios de los gobiernos. En este sentido, el autor decía que una de las formas de obtener riqueza era la política, que tanto mal les hacía a los países hispanoamericanos, recientemente independizados. Por este motivo, expresaba que la función pública se había convertido “en la única industria y manera de adquirir fortuna...” (Alberdi, 1876: 14)

De este modo, en lugar de buscar el sustento en la industria productiva, muchos hombres en posición privilegiada se hacían otorgar beneficios y concesiones para cuya implementación no estaban preparados, así luego las vendían a quién sí las pondría en práctica,

obteniendo, los primeros, en esa operación beneficios sin hacer ninguna inversión ni asumir ningún riesgo. (Alberdi, 1876: 302-303) Por el contrario, Wheelwright jamás tuvo este tipo de comportamiento. Nunca en sus negocios, buscó asociarse con políticos o altos funcionarios, "Wheelwright no entró jamás en negocio que tuviese aire de sociedad con individuos del poder." (Alberdi, 1876: 303) Tampoco llevó a cabo sus emprendimientos con fondos públicos, "Wheelwright se valió de capitales particulares, levantados de su gran crédito, para llevar a cabo su línea de vapores del Pacífico, sus ferrocarriles de Copiapó, su Gran Central Argentino y su ferrocarril de Ensenada". (Alberdi, 1876: 213) Al hacer coincidir sus intereses con los de los habitantes de la sociedad en la que actúa, el buen empresario logra, además de beneficios particulares, aumentar la producción, incrementar los salarios y abaratar el precio de los productos consumidos:

"Wheelwright ha aumentado el producto y el haber de cada hombre, en los países de sus obras, encareciendo el valor de su trabajo, por la facilidad que sus empresas de comunicación han dado a la extracción de la riqueza nativa; y ha abaratado los consumos de cada habitante multiplicando la importación de los productos extranjeros por las facilidades que sus puertos han dado al comercio marítimo. En una palabra, por sus nobles y fecundos trabajos ha enriquecido de algunos pesos el presupuesto anual de entradas de cada habitante de la América beneficiada por sus obras." (Alberdi, 1876: 313)

Para que esto fuera posible, el gobierno no debía inmiscuirse en actividades empresariales –una perspectiva que toma de Herbert Spencer-, ya que cuando se dedicaba a ser industrial, banquero, ferrocarrilero o telegrafista, perdía eficiencia y descuidaba sus funciones propias. (Alberdi, 1876: 190) Esto se agravaba ya que el Estado, al ser regulador y policía, indudablemente usaría de estas potestades para debilitar o eliminar la competencia de particulares a sus propios emprendimientos. (Alberdi, 1854: 198) En realidad lo que se necesita, dice el autor, son más emprendedores, ya que estos,

"son socialistas inconscientes, que hacen la sociedad sin saberlo, en el sentido que hacen y forman las sociedades sin pretender hacer otra cosa que negocios de industria particular. ... El interés que los mueve, no les impide de ser en realidad los autores de la consolidación que la sociedad recibe de sus

obras.” (Alberdi, 1876: 16)

“Wheelwright representa la salud en la industria, la honradez en las grandes empresas industriales, la moral en los medios de adquirir riqueza. Ganar su bienestar es hacer el bienestar de todo el mundo, es el colmo de la moralidad industrial... Él ganó su fortuna haciendo la fortuna de todos.” (Alberdi, 1876: 300)

Alberdi finaliza su biografía sobre Wheelwright haciendo un llamado a levantar una estatua al emprendedor norteamericano, como un monumento al progreso, al trabajo, a la honradez y a la hermandad de las naciones. (Alberdi, 1876: 316-317) Su llamado fue escuchado, y poco después de la publicación de su libro, el 12 de febrero de 1877 se inauguró la estatua, levantada por suscripción pública, en la Plaza de la Aduana de Valparaíso. Alberdi expresó que monumentos de este tipo servirían para estimular la actividad empresarial en América, así como la llegada de inmigrantes, los que con su capacidad industrial contribuirían en gran medida al desarrollo de las naciones hispanoamericanas. (Alberdi, 1876: 318-319)

Consideraciones finales

Al inicio de este trabajo, propusimos que la democracia no es el fin sino un medio para resolver la cuestión de la organización social y política de un país. ¿Para qué tenemos un gobierno? Básicamente, para que proteja nuestros derechos individuales. Si acordamos en esto, entonces no importa de qué manera llega ese gobierno al poder, sino que lo importante es que el mismo cumpla con el objetivo de respetar nuestras libertades, las cuales son inherentes al ser humano por su propia naturaleza, y no porque se las haya otorgado el gobernante. Así, cada individuo, dotado de esa libertad, puede buscar su felicidad, sea lo que fuere la misma de acuerdo a su real saber y entender. Aunque, podríamos convenir que la misma consiste en satisfacer la mayor cantidad de necesidades posibles, sean estas materiales o inmateriales. Para ello, primero, las personas deben tener satisfechas necesidades primarias como ser la alimentación, el vestido y la vivienda. Una vez, que estas necesidades están satisfechas, entonces los individuos pueden pasar a satisfacer necesidades superiores como el entretenimiento o el arte, ya que si uno no tiene para comer o vestirse, difícilmente pueda estar considerando comprar una obra de arte, un libro o ir a un recital.

En este sentido, Alberdi sostenía que el progreso económico venía primero que la preocupación de cuántos eran los que debían participar en la elección de los gobernantes, ya que solo los individuos que podían satisfacer sus necesidades por cuenta propia siendo libres, podrían actuar de manera independiente a la hora de elegir quién los gobierne y protejan sus derechos. En su visión, la función del emprendedor es clave para el progreso de la sociedad, ya que es éste el auténtico generador de riqueza y oportunidades para la sociedad. Así lo expresaba, al sostener que:

“Baste decir que los diplomáticos y los tratados de comercio no tienen acción más eficaz, que los empresarios en vías internacionales de comunicación y transporte, en la remoción de las causas que alejan a las naciones unas de otras, pues las más poderosas de esas causas, son la distancia y el tiempo, que el ingeniero, como soldado del empresario, hace desaparecer más positivamente, que dado hacerlo al tratado internacional más liberal.” (Alberdi, 1876: 20)

En realidad, eran los gobiernos, los que dependían de los emprendedores, y no al revés. (Alberdi, 1876: 21) Y al proponer un tipo de gobierno para las naciones hispanoamericanas, miraba a Estados Unidos, que a mediados del siglo XIX se estaba convirtiendo una potencia industrial, donde la calidad de vida de sus habitantes progresaba a grandes pasos, salvo por el caso de los esclavos que él mismo consignaba en su obra. (Alberdi, 1876: 25-31, 36) De todos modos, Alberdi siente que hay un rechazo por todo lo que llega desde Estados Unidos (que lamentablemente, sigue vigente hasta nuestros días), y por eso dice:

“Wheelwright en Sud América ha probado la influencia y la acción de la América del Norte... Él trajo a esta parte del nuevo mundo lo que hace la grandeza de la América del Norte –el vapor, la electricidad, el gas,... Sin embargo, Sud América parece ser víctima de un pánico curioso nacido del peligro de absorción... Más teme al país de Fulton, que al de Felipe II. La historia viene a dar a ese temor una lección jocosa. Un yankee ha dado a Sud América por el vapor, la unidad que Bolívar no pudo darle por el Congreso de Panamá.” (Alberdi, 1876: 23)

Por último, quisiéramos destacar en la propuesta alberdiana, el camino para alentar la presencia de emprendedores que permitan el

progreso de nuestras sociedades. Él vuelve sobre la idea de que la democracia institucionalizada no es sinónimo de libertad individual, ya que los gobiernos suelen abusar de la misma: “La forma exterior del gobierno libre subsiste; pero interiormente ha crecido una realidad, que hace que el gobierno no sea libre. La corporación de los políticos de profesión, que entra en la vida pública para ganar dinero, organizan sus fuerzas y se crean una táctica...” (Alberdi, 1876: 30) Esto nos lleva, a la propuesta original de este trabajo, como ser la preeminencia del emprendedor como factor de progreso. No es la educación escolarizada la que solamente nos puede sacar del atraso, sino que es el trabajo y el espíritu emprendedor, el cual acompañado de la educación nos pueden conducir a ser una nación civilizada y próspera. El autor decía que la instrucción primaria, por lo general, es “ineficaz y nula”, y lo que hay que mirar es cómo hacen los países que progresan, especialmente Norteamérica y sus emprendedores. Para ello es importante el “método de la naturaleza, la imitación, la costumbre, en una palabra la educación o cultura de tipo moderno de unidad elemental del cuerpo social americano”, en este sentido es el emprendedor el mejor ejemplo ya que es “el héroe de la paz, que representa el progreso, porque representa el vapor, la electricidad aplicados como fuerzas al servicio del hombre.” (Alberdi, 1876: 298-299) Este carácter emulador que desempeña el empresario exitoso, lo veía reflejado en los casos de Aspinwall, que desarrolló el ferrocarril de Panamá, y el de Meiggs, que hizo lo propio en Chile y Perú, a mediados del siglo XIX. (Alberdi, 1876: 24)

Sobre la base de estos principios, fue que se fundó la Argentina moderna que entre finales del siglo XIX y comienzos del XX experimentó un crecimiento espectacular. Durante ese período, Argentina pasó de ser un desierto a convertirse uno de los diez países más prósperos del mundo. El gobierno dejó actuar a los emprendedores, los cuales principalmente se desempeñaron en el ámbito de los transportes y de la producción agropecuaria, todo lo cual se sostuvo con la llegada de inmigrantes y capitales extranjeros. A comienzos del siglo veinte, Argentina tenía una mayor proporción de extranjeros entre sus habitantes que Estados Unidos, la población pasó 1,8 millones en 1869 a 7,8 millones en 1914; la tasa de analfabetismo cayó a niveles impensados gracias a la aplicación de la ley 1420 que establecía educación primaria, obligatoria y gratuita; el “desierto” se convirtió en campos sembrados producto de la difusión del sistema de colonias agrícolas en la llamada “Pampa Gringa”, lo cual provocó un aumen-

to del área sembrada, que creció el 3.350% entre 1880 y 1914; la producción de trigo y maíz, entre 1891 y 1921, saltó de 995.000 a 9.500.000 toneladas; el ferrocarril pasó de 700 km en 1870 a 33.000 en 1915, y la carga transportada en el entre 1880 y 1915 de 800.000 a 35.700.000 toneladas; el PBI per cápita (en U\$S de 1970) pasó de 334 en 1875 a 1.151 en 1913, lo que si se compara con el de Canadá para el mismo lapso, vemos que pasó de 631 a 1466.

Como se puede apreciar, fueron los emprendedores en diversos ámbitos los que potenciaron todo este crecimiento, el aumento de la productividad del trabajo hizo que las personas tuvieran acceso a más bienes, al mismo tiempo que dedicaron parte de su esfuerzo a educarse. Todo esto, dio paso a demandas de mayor participación política, la cual finalmente se terminaría traduciendo en una ley de sufragio universal, conocida como Ley Sáenz Peña, por ser este presidente argentino el que impulsó su sanción en 1912. Así, se pasó de la “república posible a la verdadera” como había previsto Alberdi en sus Bases de 1852.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista (1852), *Bases y puntos de partida para la organización política de la República de Argentina*. En: *Obras completas*, La Tribuna Nacional, Tomo III, Buenos Aires, 1886.
- Alberdi, Juan Bautista (1854), *Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, En: *Obras completas*, La Tribuna Nacional, Tomo IV, Buenos Aires, 1886.
- Alberdi, Juan Bautista (1880), "La Omnipotencia del Estado es la Negación de la Libertad Individual", En: *Obras completas*, La Tribuna Nacional, Tomo VIII, Buenos Aires, 1886.
- Alberdi, Juan Bautista (1895), *Escritos Póstumos* ((T.I "Estudios Económicos"; T.II "El Crimen de la Guerra"), Imp. Alberto Monkes, Buenos Aires.
- Alberdi, Juan Bautista (1876), *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud*, Librería de Garnier Hermanos, Paris.
- Alvarez, Sharon y Barney, Jay (2007), "Discovery and creation: Alternative theories of entrepreneurial action". Organizações em contexto, Ano 3, nº 6, dezembro 2007
- Baumol, William J. (1976), "Smith vs. Marx on Business Morality and the Social Interest," *American Economist*, 20(2), Fall, pp. 1-6.
- Baumol, William J. (1990), "Entrepreneurship: Productive, Unproductive, and Destructive." *The Journal of Political Economy*, 98, no. 5, October, pp. 893-921.
- Botana, Natalio (1977), *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Cox, Michael y Alm, Richard (1999), *The Myth of Rich & Poor. Why we're better off than we think*, Basic Books, New York.
- Denson, John V. (2001), "War and American Freedom" en Denson, J. (ed.) (2001) *The Costs of War. America's Pyrrhic Victories*, Transaction Publishers, New Brunswick and London.
- Fifer, J. Valerie 1998, *William Wheelwright (1798-1873), steamship and railroad pioneer*, Historical Society of Old Newbury, Newberyport.
- Foss, Nicolai J. y Klein, Peter G. (2012), *Organizing Entrepreneurial Judgment. A New Approach to the Firm*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Kirzner, Israel (1973), *Competition and Entrepreneurship*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Kirzner, Israel (1979), *Perception, Opportunity and Profit*, University of Chicago Press, Chicago.
- Klein, Peter G. (2010), *The Capitalist & The Entrepreneur. Essays on Organizations & Markets*, Ludwig Von Mises Institute, Auburn.
- McCloskey, Deirdre N. (2010), *Bourgeois Dignity. Why Economics Can't Explain The Modern World*. The University of Chicago Press, Chicago-London.

- Schumpeter, Joseph A. (1951), *The Theory of Economic Development (4th Printing)*, Harvard University Press, Cambridge.
- Schumpeter, Joseph (1947), "The creative response in economic history" en Clemence, R. (ed.) (2000), *Essays on Entrepreneurs, Innovations, Business Cycles, and the Evolution of Capitalism*, Transaction Publishers, New Brunswick.
- Terán, Oscar (2008), *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Ed. Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Van Praag, Mirjam (1999), "Some classic views on entrepreneurship", *De Economist*, 147, NO. 3, pp. 311-335.